

Deborah Kay Davies
“El divino”

Principios de septiembre. Época de calor, el veranito indio. Mi primer día en la escuela secundaria. Terri y yo reprobamos el examen de ingreso en la primavera. Preguntas con trampa, dijo Terri. Que se vayan a demonio. Ellos se lo pierden. Terri tiene algo muy diferente. A mis padres no les gusta que la vea demasiado. Si pudieran verla en este momento. Algo ha cambiado en los meses que no nos hemos encontrado. Me pregunto si Terri ve algo nuevo en mí, pero lo dudo.

Probablemente la última tanda de pasto recién cortado forma pilas húmedas en los jardines de la escuela. En el aire flota el humo de la madera quemada. Una corriente de música llega desde arriba, leve y dulce, de desde dos alondras en lo alto, muy alto, de la arqueada superficie azul del cielo de la nueva escuela. Verdadero azul: el mismo color de mi extraña camiseta azul de netball. Terri dice que significa buena suerte; dos alondras juntas representan verdaderamente una excelente suerte. Dos juntas es algo muy muy raro, dice con suficiencia. Sabe que ella tendrá buena suerte. Mis zapatos negros acordonados se arrastran sobre el asfalto de la entrada de autos de la escuela, cuya superficie ya está pegajosa por el sol. Mis zapatos son tan grandes que tengo que caminar como si intentara andar de puntillas en la escena de una pantomima. Es la única manera en que puedo conservarlos puestos. No paro de quedarme varada en el blando alquitrán. Sé que me veo ridícula.

Terri y yo lucimos los nuevos uniformes de la escuela. Yo llevo puesto un enorme montgomery de lana. Pero los botones son de plástico, no de madera. Me han subido el ruedo unos ocho centímetros y eso abulta la parte inferior del abrigo. Como resultado, no tiene buena caída. Sé que todavía me quedará bien cuando termine la escuela. Terri lleva un impermeable tres cuartos, sedoso y negro. Flota a su alrededor, sostenido por una brisa invisible. Su cabello caoba, largo hasta los hombros, está salpicado de reflejos rojos. Sube y baja como un séquito de damas de honor, al unísono con los movimientos de su abrigo. Los zapatos de Terri son de charol. Tienen pequeños tacos de una forma perfecta.

La entrada de autos de la escuela es larga, y nosotras llegamos temprano. No parece haber nadie más por allí. Empiezo a pensar que tal vez nos equivocamos de día. Terri está segura de que llegar temprano es una buena idea. Aunque no demasiado temprano, dice. Eso sería demostrar una ansiedad penosa. Apenas lo suficientemente temprano como para encontrar un buen lugar donde esperar. Está perfecto, dice. Llegamos en el momento justo.

Ahora Terri sabe de muchachos. Me dice que es porque tiene un hermano mayor. Se ha pasado todo el verano andando por ahí con los amigos de su hermano. Mientras caminamos por el asfalto pegajoso, me cuenta sobre un día en que estuvo tendida sobre una manta en el jardín trasero con esos dos chicos verdaderamente espléndidos que muy pronto ingresarían al ejército. Ella se tendió en la manta, en bikini, y ellos la frotaron con bronceador. Permitted que el más divino de los dos le tocara los pechos sobre el corpiño de la bikini. Me imagino a Terri con el muchacho grande -casi un hombre, me dijo- inclinado sobre ella. Yacen sobre la manta que su madre lleva siempre a la playa. Terri está inmóvil y lee su revista mientras el muchacho se frota contra su costado. La imagino sonriendo; piensa que los muchachos son una broma maravillosa, y por supuesto ella no piensa perdersela. No creo que el otro muchacho, el que ella no ha elegido, habría querido frotarse contra mí. Fue comiquísimo, dice. Tenían piernas tan velludas; deberías haberlos visto.

Llegamos al patio de la escuela. Está vacío. Terri dice que deberíamos sentarnos en la superficie de césped, más elevada, que bordea el patio. Es una buena posición. El pasto está tan seco que me raspa la parte posterior de las piernas. Las rodillas de Terri se ven bronceadas entre sus medias blancas y su falda negra. Sus huesos son frágiles y bellos. En comparación, mis

piernas son pálidas y delgadas. Tengo una cicatriz cóncava a un costado de la rodilla izquierda. Es más o menos del tamaño de la tapa de un tubo de lentejas de chocolate Smarties. Me conseguí esa cicatriz aprendiendo a andar en bicicleta en una que era demasiado grande para mí. Advierto que, según su propia estimación, Terri ya se considera una adolescente. A mí me parece un salto enorme. Sabe tanto más que yo. Desde julio, cuando la vi por última vez, se ha hecho perforar las orejas. Lleva unos aros, diminutas perlititas de rubí. ¿Te gustan?, me pregunta, y se los saca para mostrármelos. Ya sé lo que tu padre piensa de los aros, dice con una risita. Cuéntame cómo pasaste el verano, me dice, bizqueando sus ojos pardos, buscando muchachos a su alrededor. ¿Algo digno de contar?

Pienso en el verano de Terri. Su madre fuera de casa, trabajando, así que sin adultos cerca. Todos esos muchachos divinos, amigos de su hermano. Música pop que no entiendo sonando a través de las ventanas abiertas. Su hermano con una cerveza y una revista Playboy tendido en una reposera, asoleándose el acné. Todos cantando la canción que está sonando, porque todos la conocen. Bronceador sobre su espalda estrecha, manos corteses, ansiosas pero no agresivas, acopando sus pequeños pechos. Y mi verano, lleno de refresco de cebada con limón, helechos, loción de calamina, de una tregua con mi hermana y de vadear arroyos con ella. Días interminables, polvorientos. Ella y yo extrañamente unidas, manteniéndonos fuera del alcance de nuestra madre.

El verano había sido como un armisticio de seis semanas; ni una sola vez había tratado de perder a Tamar. Nos unía la actividad de pensar motivos para no estar en casa. Nuestra madre novedosamente atrapada, como el palito dentro del helado, por la religión. Yo había accedido a dormir afuera las noches calurosas en una carpa improvisada, y a beber naranjada tibia que tenía gusto a plástico. En el misterioso jardín trasero incluso seguí adelante, urdiendo detalladamente nuestro sueño de la bella casa y el bebé que Tamar y yo compartíamos. Ella insistía todo el tiempo sobre eso y, de alguna manera, en ese momento, no me molestaba. Así que no tenía nada para contar que pudiera interesarle a Terri. Como sea, dice ella, mientras de soslayo examina la entrada de autos de la escuela; estoy segura de que te divertiste.

Algunos chicos de nuestra escuela primaria han llegado al patio. Ignóralos, dice Terri, ya no tienen importancia, son poca cosa ahora. ¿Y nosotras que somos?, pienso. Me siento una microscópica nada. Terri cruza las piernas y deja que la falda se le deslice hasta los muslos. Yo hago unas montañitas con tierra. Se me ensucian las uñas. El patio se está llenando. Terri parece despreocupada, pero sé que está buscando talentos. No mires ahora, dice, pero hay allí un muchacho divino. Lo pronuncia dii-viii-no. Transforma la palabra en otra más larga. Yo no puedo hacerlo. Nunca lo intenté, pero sé que nunca me saldría. Diii-viii-no. Larga y anhelante. Con el mentón me indica hacia dónde debo mirar.

El chico está de pie en el centro de un círculo de caras alzadas hacia él. Del grupo se elevan espirales de risas. Por lo que parece, además de apuesto es muy divertido. Roza como al pasar las espaldas de las chicas con sus brazos, confiado en que nadie rechazará su mano. Muy esbelto, casi flaco, y alto. Pelo castaño, cortado severamente corto. A tu padre le gustaría ese corte de pelo, susurra Terri, soltando una risita contra mi mejilla. Me vuelvo a mirarla. El sol de la mañana nos da sobre un costado. Por un segundo veo lo que podría ser la promesa de un bigote sobre el labio superior de Terri. El muchacho parece tener unos quince años, y se ve un poquito extranjero. No sé por qué extranjero, pero así se ve. Glamoroso e inalcanzable. Bronceado tras una temporada en algún lugar caluroso, muy caluroso. Supongo que nunca bebe refresco de cebada con limón. Diii-viii-no, pienso, colmada de un deseo imposible, sin esperanzas. Estoy sentada en la orilla con mi abultado abrigo negro, del que sobresalen mis piernas delgadas y blancas. Mis zapatos enormes tironean mis pies hacia los lados, hacia afuera. Terri se ha quitado su sedoso impermeable. Sonríe hacia donde está él; sabe que ya ha entrado en el juego de los muchachos. Yo miro mis pequeños montículos de tierra. Nada me parece

divertido. La escuela secundaria va a ser más de lo mismo, sólo que peor. Más secundaria, de alguna manera.

Nos adaptamos. Terri y yo estamos casi siempre en los mismos grupos. Para algunos, sin embargo, ella está en círculos inferiores a los míos. Yo estoy con los que son comparativamente más inteligentes. Diferentes prioridades, explica Terri con brevedad, encogiéndose de hombros. Yo estoy ahora en algo diferente, más importante, pero tú sigue adelante, te interesa. No obstante, aún quiero seguir siendo amiga de Terri. Tal vez creo que se me pegará algo de ella. A la gente le gusta pegarse a Terri, yo incluida. Paso mucho tiempo de los recreos pasándole mensajes a Terri: Neil dice, ¿quieres salir con él? Brian quiere que sepas que cree que eres la chica más sexy que ha visto en su vida, cosas así. Y Terri elige. Consigue la información que quiere con verdadera facilidad, sin pedirla siquiera. Cuando han pasado cuatro semanas desde el inicio de las clases, ya ha descubierto todo lo que necesita saber sobre el chico extranjero. Me dice su nombre. Oh, pienso, eso tan sólo confirma su perfección, pero no se lo digo a Terri. Nunca puedo estar segura de cómo reaccionará. Tal vez se enoje y me lance una de esas miradas despectivas que reserva para los sabelotodos y los perdedores, o hasta me prive de su compañía. Después de todo, las dos sabemos que es sólo una cuestión de tiempo que ella se lo consiga. O incluso, y aún peor, es posible que la idea misma de que él y yo podamos estar juntos le resulte cómica. Pero cómica en un sentido patético. Qué triste, diría. Triste, triste, triste. Sé que es triste, no necesito que ella me lo diga. Me dice que él se llama Laszlo. No puedo evitar albergar la esperanza de que un día de estos él me vea y entienda.

Dejo de usar el montgomery, el tiempo sigue siendo caluroso. Es octubre. Al atardecer, hay dedaleras marchitas y cielos enrojecidos. Voy a la escuela sola. Terri no se siente bien. La época del mes. Estoy en medio de la marea roja, a ver si me entiendes, dice, a través de una rendija de la puerta de su casa cuando voy a buscarla. Hay gente en la casa, suena música. Un muchacho está cantando "Niebla sobre el Tyne" en falsete. Alguien la llama desde arriba. Ya voy, dice, y cierra la puerta de un portazo.

Más tarde, camino sola por la entrada de autos de la escuela. Justo cuando llego cerca del gimnasio escucho una carcajada, bruscamente interrumpida. Sigo el sonido y doblo en un ángulo del edificio. Hay un pequeño nicho secreto. Veo a Laszlo. Al principio me parece que está escuchando a la chica recostada contra la pared. Su oreja está muy cerca de la boca entreabierta de ella. No me ven. Soy invisible. Está tranquilo y cálido entre los edificios. Hay olor a creosota y pasto pisoteado. Miro hacia abajo. Alrededor de mis pies hay cientos de diminutas flores azules. Verónicas, creo que las llaman. Escucho un ruido. Es un jadeo de la chica. Está parada con los pies separados, la pelvis hacia adelante. En las manos aferra los pliegues de su falda, alzándola hasta la cintura, para que no estorbe. Siento la cabeza ligera, como si estuviera por salir flotando fuera de mi alcance. Las piernas no me sostienen. Sé exactamente cómo debe sentirse la chica. Laszlo sigue inclinado hacia ella, distante pero concentrado. Asiente. Sí, sí, dice suavemente, con extraño acento. Veo que sus dos bellas manos bronceadas están dentro de los calzones de la chica.

Los músculos de mi vientre se contraen con fuerza, dejándome sin aliento. Después se relajan, lenta y dolorosamente. Pienso que no puedo soportar esta sensación. Es tan nueva y tan maravillosa. Un puño de intensa alegría me sube por la garganta hasta la boca, ahogándome. Veo una cadena de oro que centellea alrededor de la muñeca de Laszlo. Todo está inmóvil. El único movimiento es el de sus manos. Hurgan en la chica. Gestos muy extraños, inevitables. La cabeza de ella se inclina pesadamente a un costado, su boca se retuerce. Separa más las piernas. Laszlo se vuelve y me ve, el blanco de sus ojos centelleantes contra su piel oscura, el iris pálido como la nuez moscada. Yo no puedo moverme. Él extrae una mano lenta y cuidadosamente, como si no quisiera perturbar nada, y la levanta hasta sus labios. Después sonrío y me manda un beso con sus dedos ardientes. Divino Laszlo, digo.